

GRECIA, REPUBLICANA

DESDE 1920 hasta ahora, Grecia ha votado seis veces la cuestión monárquica: las dos últimas, con un año de diferencia. En las dos ha insistido en su deseo de desembarazarse del Rey Constantino. La primera de estas dos se celebró bajo la dictadura, y sabiendo la escasez de escrúpulos de la Junta en las manipulaciones de la opinión popular, había dudas razonables de aceptar su veracidad, aunque por una de las abundantes contradicciones de estos días en Grecia, el hombre que las organizó y que se benefició de ellas al ser nombrado Presidente sigue ocupando la jefatura del Estado: Gizikis, que está a punto de dimitir aun antes de que se celebren nuevas elecciones presidenciales. La segunda, celebrada el 8 de este mes, no deja lugar a dudas: dos de cada tres griegos prefieren la República. De haber dudas, éstas pesarían, sobre todo, en los monárquicos, que no ahorraron un solo medio: las apariciones de un Constantino «reformado» en la televisión, la riqueza de su campaña financiada por varias fuentes —el Sha del Irán envió mucho dinero, tomado de su nueva riqueza petrolera— e incluso el oportuno «lock out» de la Olympic Airways —Onassis—, que impidió que muchos electores se trasladaran a los colegios que tenían designados (el censo es antiguo y un gran número de personas figuran con residencias que ya no tienen). La idea de que la monarquía es la única institución capaz de unificar a los griegos, base de la campaña monárquica, no tiene base auténtica: los seis referéndums celebrados en medio siglo muestran que es una institución en estado continuamente crítico.

Por otra parte, no representa ninguna tradición. Las monarquías balcánicas fueron una solución aplicada por las potencias occidentales, a su imagen y semejanza —a la de Gran Bretaña, sobre todo—, cuando libraron la zona de la ocupación turca, de los restos del imperio otomano. Impusieron reyes extranjeros, y Alemania hizo una excelente exportación: los prusianos Hohenzollern-Sigmaringen, para Rumania; los Battenberg, para Bulgaria; la casa de Baviera, para

Grecia. La casa de Baviera duró en Grecia lo que la vida de un Rey —Otto—, y hubo un cambio de dinastía, para adoptar la de los Schleswig-Holstein-Glücksburg, de la casa real danesa, pero también de influencia alemana, que se ha mantenido por otras



La postura anticonstitucional del monarca, en 1965, forzó la dimisión de Papandreu, que contaba con mayoría absoluta en el Parlamento.

vías más directas —ahora, la de la Reina madre, Federica, prusiana de nacimiento, blanco favorito de las críticas de los republicanos—. Las monarquías balcánicas se han ido disolviendo en la historia sin dejar huella profunda; la de Grecia se ha mantenido como un anacronismo, con varios exilios, con varios regresos. La más enfadosa tradición de los ciento cincuenta años de monarquía griega —poco para un país que cuenta su tradición por milenios— es la de su facilidad para dar paso al fascismo. Uno fue el del general Metaxas, aceptado por Jorge II en 1936; otro, el del propio Constantino al yugular la democracia. Esta historia es demasiado reciente como para haber pesado mucho y muy gravemente en estas elecciones.

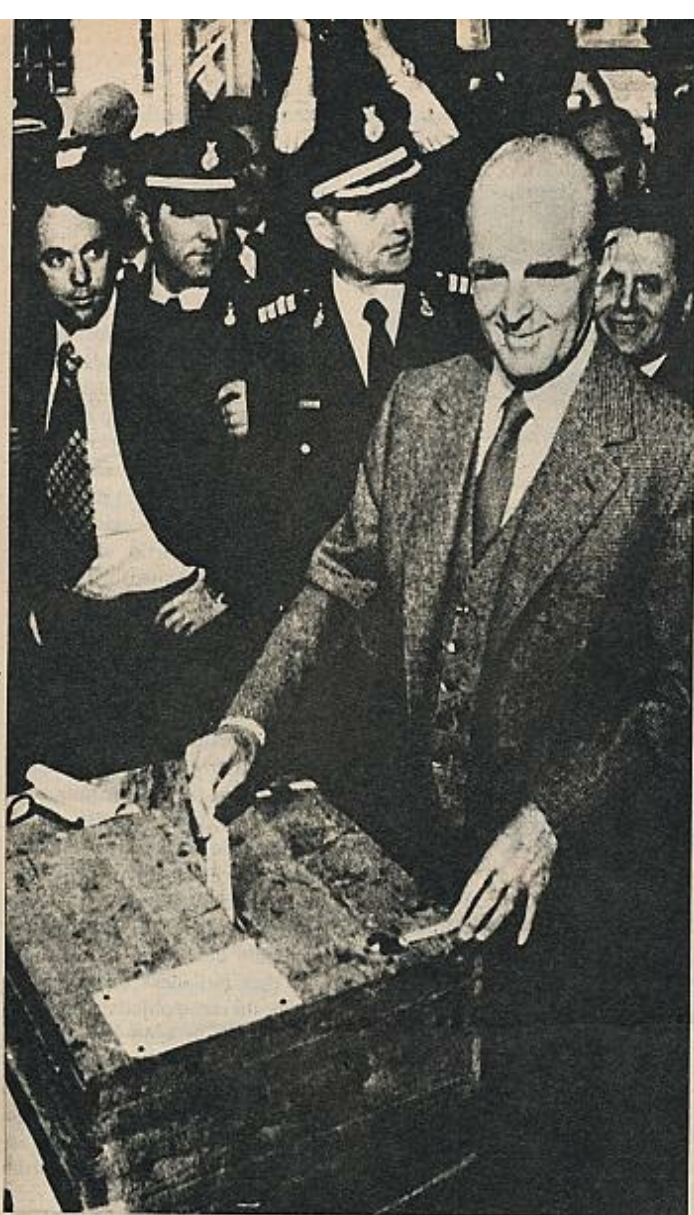
Se puede recordar, de todas maneras, brevemente. En 1963, mes de noviembre, Papandreu —padre del actual Andreas Papandreu dirigente visible de la iz-

quierda no comunista— fue nombrado primer ministro: su partido, la Unión del Centro, era el más numeroso del Parlamento, aunque no tuviese la mayoría absoluta; la tuvo en las elecciones de 1965. Papandreu pretendió restablecer el equilibrio político roto a partir de la posguerra por la intervención de Gran Bretaña y de los Estados Unidos —la «doctrina Truman»— en favor de la derecha, dando a la izquierda su verdadera dimensión popular. El Rey Constantino puso todos los obstáculos posibles, y llegó a poner uno imposible: en julio de 1965 se negó a firmar el nombramiento de un nuevo ministro de Defensa hecho por el primer ministro, Papandreu, el cual no tuvo otra opción que dimitir, y su dimisión fue rápidamente aceptada. Inmediatamente se planteó la cuestión de la imposibilidad constitucional de Constantino para provocar esta situación: el Rey carecía de poderes para no aceptar la decisión tomada por un primer ministro representante de la mayoría absoluta del Parlamento. La respuesta del Rey fue que Papandreu estaba infiltrando elementos de extrema izquierda en el ejército de dudosa lealtad; Papandreu contestó que el ejército estaba de tal manera infiltrado por la extrema derecha que precisamente por ese extremo se podía dudar de su lealtad,

contestación que resultaría profética poco tiempo después. El Rey procedió a nombrar otro primer ministro, pero éste, como sus sucesores, fue derrotado en el Parlamento, en el que la mayoría absoluta seguía siendo de Papandreu. Finalmente, en 1966, el Rey anunció nuevas elecciones generales para renovar el Parlamento y nombró un gobierno extraparlamentario para que las preparase. La primera actividad de ese gobierno fue modificar la ley electoral. Anunciadas las elecciones para mayo de 1967, a medida que la fecha se iba aproximando se veía que las elecciones tenían por vencedor seguro al partido del Centro, apoyado por la izquierda, y que Papandreu tendría que volver a ser elegido primer ministro, es decir, que se repetiría la situación de tensión entre el Rey y él. En vísperas de las elecciones, el 21 de abril, sobrevino el golpe militar: ya no habría elecciones. Los partidos quedaban suspendidos; las garantías constitucionales, también. El Rey aceptó el golpe militar públicamente. Siguió rigiendo el país durante siete meses, mientras había persecuciones, cárceles, torturas, depuraciones. En octubre apareció un nuevo proyecto de constitución hecho por los coroneles: los poderes reales y los parlamentarios quedarían notablemente disminuidos. A partir de ahí comenzó



Constantino aceptó el golpe militar públicamente y siguió rigiendo el país, mientras había persecuciones, cárceles, torturas, depuraciones. (En la foto, el Rey con el coronel Patakos, en 1967.)



Con su mayoría parlamentaria, Caramanlis va a hacer la Constitución, que ya se está redactando y que va a ser presidencialista, es decir, monárquica en el sentido griego del vocablo: gobierno personal.

la disensión entre el Rey y la Junta; la posición del Rey se radicalizó por las presiones extranjeras, especialmente de los Estados Unidos, y el 14 de diciembre de 1967 lanzó un contragolpe. Esperaba que el pueblo se alzase a su voz contra la Junta, que los partidos políticos le secundasen. Se quedó solo. La opción de restablecer todos los poderes reales para acabar con los de la Junta no tenía ningún sentido para el pueblo ni para los partidos de la izquierda y del centro. El Rey tuvo que escoger el exilio, y debía haberse podido dar cuenta de que aquella soledad en que se encontró era ya un referéndum.

La oferta que quería hacer ahora de una monarquía democrática carecía de base. Carecía, incluso, de lógica dentro de la mentalidad griega y de su pensamiento: esto es, de su idioma. «Monarquía» y «Democracia» son palabras antitéticas en el idioma político griego, que tiene sus conceptos bastante claros. Democra-

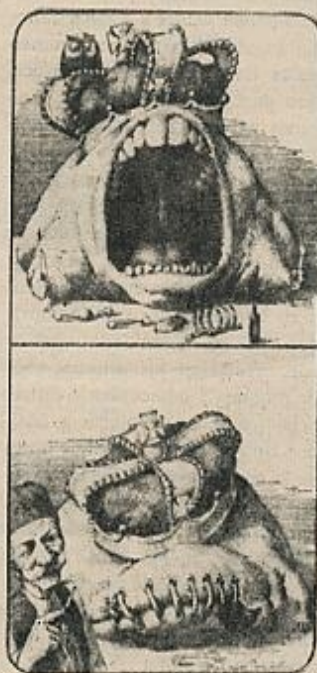
cia es el gobierno del pueblo, o de todos; monarquía, el gobierno de uno solo. Más aún, *demokratia* designa claramente república, la república de los romanos. Anunciar una monarquía democrática es tanto como prometer una monarquía republicana. No tiene sentido. Por eso se ha valido del término ambiguo de «democracia coronada» —república coronada— frente al de «democracia presidencialista», en el enunciado del referéndum. Cierto que en el sentido occidental europeo, con el viejo lenguaje evolucionado y corrompido por el uso, se puede hablar de monarquías democráticas, y de hecho existen, como en Gran Bretaña o los países nórdicos, y Grecia podía haber adoptado ese tipo de régimen saltando por encima del idioma. Existen también repúblicas monárquicas, con el gobierno de uno solo. (Se publica ahora en España, Dopesa, «La monarquía republicana», del profesor Duverger, interesantísimo libro en el que se muestra esa

corrupción democrática tan actual.) Y es muy posible que a Grecia le vaya a ocurrir, le esté ocurriendo ya, esta aventura.

Todo referéndum es sospechoso de falta de democracia, desde el momento en que no presenta más que dos opciones a elegir, y no los inmensos matices que puede haber. El de Grecia planteaba la oposición entre la monarquía y la «república presidencialista», sin opción para la república de Parlamento fuerte, de gobierno responsable ante él y de Presidente como árbitro. Al zafarse del peso muerto del Rey, los griegos han optado por la república presidencialista. Es decir, por la monarquía sin Rey. Todo indica claramente que ese Presidente va a ser Caramanlis, una vez que se haga la Constitución y se convoquen elecciones. (En el interregno habrá probablemente un Presidente provisional, nombrado por el Parlamento, en vista de que Gizikis es insostenible). Es muy posible que Constantino, escaldado por el largo exilio, y con la Reina madre estudiando Filosofía oriental en Bombay —como una concesión, quizá, de la corona para demostrar su alejamiento—, hubiese resultado más democrata que Caramanlis, que tiene una vocación de autócrata.

Caramanlis se ha hecho a la política con otro fascismo griego, el del mariscal Papagos. En 1951, el mariscal Papagos lanzó su movimiento «para rescatar a Grecia

de la bancarrota política y darle el gobierno fuerte que necesita»; comenzó a gobernar, efectivamente, a la manera fuerte, en 1952. Uno de sus ministros era Caramanlis, que en 1955 sucedió a Papagos, que murió. Como primer ministro, Caramanlis se apresuró a modificar la ley electoral para evitar el paso de la izquierda al poder, incluso al Parlamento, y así, dotado de este poderoso instrumento, su partido ganó ampliamente las elecciones de 1956, y se mantuvo en el poder en sucesivas elecciones hasta las de 1964, que, como hemos dicho, ganó Papandreu. Su habilidad para manejar elecciones no se ha perdido con el tiempo y el exilio. Las generales del mes pasado las celebró en las mejores condiciones posibles para él (feudalismo rural, ley electoral antigua sin renovar el censo, o sea, dejando fuera a la mayor parte de la juventud; poco tiempo para preparar la campaña, etc.), y así se encuentra ahora al frente de un partido tan numeroso en el Parlamento —mucho más de lo que la representación mayoritaria le hubiese permitido, en virtud de la representación parlamentaria instaurada por Caramanlis en 1955, de forma que esta elección enlaza directamente con la sería de aquella época—, un partido que puede considerarse casi como un partido único en cuestión de poder absoluto. Con ese Parlamento suyo, Caramanlis va a hacer la Constitución, que ya se está redactando y que va a ser presidencialista. Es decir, «monárquica» en el sentido griego del vocablo. Gobierno personal. Con todo el mecanismo creado y con el que vaya creando, con el apoyo militar —que por algo le eligió y le llamó a su casa de París para que diese salida al régimen fracasado—, Caramanlis puede ser fácilmente elegido Presidente de esa «república monárquica». Habrá que ver a partir de ese momento si la reinstauración democrática que comenzó a hacer a su regreso, sin excluir a nadie y sin medidas restrictivas —con una gran habilidad, con una enorme maestría política: para evitar tener una oposición antes de tiempo—, permanece o comienza a sufrir pequeñas torceduras, luego mayores, que la desnaturalicen. La aventura griega en busca de la democracia no ha terminado, ni mucho menos, con la caída de la Junta y con la proclamación de la República... ■ E. H. T.



El fin de la monarquía griega, según una caricatura del diario liberal «Vima», de Atenas.